

Dr. Robert A. Peterson, Salvación, Sesión 14, Justificación, Número 3, Formulaciones sistemáticas y adopción, Parte 1

© 2024 Robert Peterson y Ted Hildebrandt

Les habla el Dr. Robert Peterson en su enseñanza sobre la Salvación. Esta es la sesión 14, Justificación, Número 3, Formulaciones sistemáticas y adopción, Parte 1.

Continuamos con nuestras conferencias sobre la Salvación y el tema de la Justificación. Después de haber revisado las concepciones de la Iglesia Católica Romana y de la Reforma, continuamos con nuestras Formulaciones sistemáticas, esta vez examinando la base de la Justificación.

Su fuente es la gracia de Dios y su base es la obra salvífica de Cristo. La Biblia pinta un cuadro panorámico de la obra salvífica de Cristo. Comienza con la condición previa esencial para la redención, la Encarnación, y termina con su final esencial, la Segunda Venida.

Entre ambos eventos se encuentran la vida sin pecado de Cristo, su muerte, resurrección, ascensión, el sacramento, el derramamiento del Espíritu en Pentecostés y la intercesión. Pero el núcleo, el corazón y el alma de la obra salvadora de Jesús son su muerte y resurrección. Hace algunos años escribí un libro sobre la obra salvadora de Cristo, *Salvation Accomplished by the Son, the Work of Christ* (La salvación realizada por el Hijo, la obra de Cristo), que consta de dos partes.

La primera parte analiza los acontecimientos que lo salvaron, desde su encarnación hasta su segunda venida, con el foco principal puesto, por supuesto, en su muerte y resurrección. Y la segunda parte examina las siete imágenes bíblicas que la Biblia pinta del logro salvífico de Cristo. Es una reconciliación; es una redención; es una sustitución legal; es el motivo de *Christus Victor* o victoria, el segundo Adán y la nueva creación, todo esto, y el sacrificio.

También es una imagen sacerdotal sacrificial. Éstas son las imágenes que la Biblia pinta para interpretar sus nueve acontecimientos salvadores, que, en esencia, son, una vez más, su muerte y resurrección. Cuando Pablo resume el evangelio que predica, incluye tanto la muerte como la resurrección de Cristo.

Estoy pensando en 1 Corintios 15:3 y 4. Les transmití, como lo más importante que también recibí, que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras, que fue sepultado y que resucitó al tercer día conforme a las Escrituras. 1 Corintios 15:3 y 4. Además, el apóstol también incluye los dos hechos más importantes de Cristo cuando habla del fundamento o base de la justificación en Romanos 4:25. Cristo fue

entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación, Romanos 4:25.

La gente suele cometer errores cuando se preguntan cómo un Dios que es amor podría condenar a los pecadores. Tienen razón al afirmar que Dios es amor (1 Juan 4:8 y 16). Se equivocan al pasar por alto el hecho de que, antes de decir que Dios es amor, Juan dice que Dios es luz y que no hay absolutamente ninguna oscuridad en él.

1 Juan 1:5. Dios es absolutamente santo y absolutamente amoroso. Poner en riesgo su santidad o su amor es distorsionar la imagen bíblica de su persona. Como vimos en la sección anterior, la gracia de Dios es la fuente de nuestra justificación.

Sin su amor incomparable, nunca seríamos salvos. Pero ¿cómo puede un Dios amoroso declarar justos a los pecadores cuando son tan injustos? ¿Cómo puede, en su amor, mantener su integridad moral y justificar a los impíos? La respuesta está en la complejidad de la cruz de Cristo. Jesús, nuestro sustituto, salva porque su cruz afecta nuestra posición ante Dios, tanto de manera negativa como positiva.

Negativamente, la muerte de Cristo aplaca la ira de Dios (Romanos 3:25, 26). Positivamente, su muerte procura la justicia (Romanos 5:18 y 19). Estas son dos maneras en las que las Escrituras presentan la cruz de Cristo como la base de la justificación.

Trataremos primero el primero. Cuatro veces, las Escrituras enseñan que la muerte de Cristo es una propiciación, como en Romanos 3:25 y 26, Hebreos 2:17, 1 Juan 2:2 y 1 Juan 4:10. Nuevamente, Romanos 3:25, 26, Hebreos 2:17, 1 Juan 2:2, 1 Juan 4:10.

La muerte de Cristo es una propiciación. Romanos 3:25, 26 es el pasaje clave porque es el que contiene más desarrollo. Pablo había expuesto la declaración temática de Romanos en 1:17, la revelación de la justicia de Dios.

Luego, en 1:18 a 3:20, amplió otro tema: la revelación de la ira de Dios contra los pecadores. Ahora vuelve al tema de las epístolas en Romanos 3:21. Pero ahora, aparte de la ley, se ha revelado la justicia de Dios, atestiguada por la ley y los profetas, 3:21.

Todos los seres humanos son pecadores que carecen de esta justicia salvadora y la obtienen al confiar en Cristo, Romanos 3:22 y 23. La gracia de Dios justifica a los pecadores mediante la muerte vicaria de Cristo, que es a la vez una redención, Romanos 3:24, y una propiciación, versículos 25 y 26. Este es el texto principal de las Escrituras sobre la propiciación.

Citando Romanos 3:24 al 26 de la NVI. Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para demostrar su justicia, porque, en su paciencia, pasó por alto los pecados pasados.

Fue para mostrar su justicia en este tiempo, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús (Romanos 3:24-26). A la luz del testimonio de las Escrituras sobre la santidad, la justicia y el amor de Dios, debemos preguntarnos: ¿cómo puede Dios salvar a los pecadores mientras mantiene intacta su integridad moral y satisface su justicia? La respuesta está en estos versículos. En su paciencia y su clemencia, Dios no trajo juicio inmediato sobre los pecados cometidos antes de la venida de Cristo.

En cambio, él, citando, pasó por alto los pecados pasados, Romanos 3:25. Perdonó a los santos del Antiguo Testamento sobre la base de la expiación final que se haría en el futuro. Los perdonó en última instancia sobre la base de la obra de Cristo que vendría e inmediatamente sobre la base de la respuesta de los santos del Antiguo Testamento al mensaje del evangelio en los sacrificios del Antiguo Testamento.

Aunque era imposible que la sangre de toros y machos cabríos quitara los pecados, las ceremonias sacrificiales del Antiguo Testamento representaban el evangelio, Hebreos 10:4. Pero Dios aún tenía que lidiar con el pecado. Tenía que hacer expiación de una vez por todas con un sacrificio cuya eficacia se extendería a los santos del Antiguo Testamento, Hebreos 9:15. Dios hizo esto cuando, cita, presentó a Cristo como propiciación por su sangre, cita, Romanos 3:25.

Lutero lo dice claramente. No había remedio para la culpa y la ira excepto que el único hijo de Dios interviniera en nuestra aflicción y se hiciera hombre, asumiendo la carga de la terrible y eterna ira y haciendo de su propio cuerpo y sangre un sacrificio por el pecado. Y así lo hizo por su inmensa misericordia y amor hacia nosotros, entregándose a sí mismo y soportando la sentencia de la ira y la muerte eternas.

Lutero, Sermón de la Epístola, 24.º domingo después de la Trinidad, en un libro llamado Los preciosos y sagrados escritos de Martín Lutero, volumen 9, páginas 43 a 45. Cristo murió en nuestro lugar. Al morir, nosotros deberíamos haber muerto.

Dios castigó a su hijo con el castigo que nosotros, pecadores, merecíamos. Así, Dios mostró, cito, su justicia en este tiempo, para que él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús (Romanos 3:25). El hecho de que Dios propiciara su justicia en la obra de Cristo le permite seguir siendo santo y justo al tiempo que declara justos a todos los que creen en Jesús.

Así pues, la muerte de Cristo es, en sentido negativo, por así decirlo, una propiciación. La muerte de Cristo procura, en sentido positivo, la justicia para todo

aquel que cree. La cruz de Jesús no sólo satisface la ira de Dios, sino que también nos otorga la justicia que necesitamos para la justificación.

Pablo presenta esto en su poderoso contraste entre el primer y el segundo Adán, Romanos 5:18 y 19. Así como por una transgresión hay condenación para todos, así también por una acción de justicia hay justificación que lleva a vida para todos. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno los muchos serán constituidos justos, Romanos 5:18 y 19.

Pablo contrasta primero la única transgresión de Adán con el único acto de justicia de Cristo (versículo 18). El pecado de Adán trajo consigo la condenación. El acto de Cristo de morir en la cruz trajo consigo, cito textualmente, la justificación que conduce a la vida eterna (versículo 18).

El apóstol dice entonces básicamente lo mismo con otras palabras. El pecado original de Adán hizo que muchos fueran pecadores a los ojos de Dios, y la obediencia de Cristo hasta la muerte, incluso muerte de cruz (Filipenses 2:8), hizo que muchos fueran justos a los ojos de Dios (Romanos 5:19). Pablo presenta a los dos Adán como los que consumaron la condenación y la justificación para sus respectivos pueblos.

Mu interpreta correctamente la acción de Cristo en el versículo 18 de Romanos 5, cita: Pablo no quiere mostrar cómo Cristo ha puesto a disposición la justicia y la vida para todos, sino cómo Cristo ha asegurado los beneficios de esa justicia para todos los que le pertenecen. Algunos han interpretado el versículo 19 en categorías morales, pero Mu afirma correctamente que esta es una cita errónea. Ser justo no significa ser moralmente recto, sino ser juzgado, absuelto, libre de todos los cargos en el juicio celestial, cita de cierre. El comentario de la epístola de Mu sobre los Romanos y esas citas provienen de las páginas 3, 4, 3 y 3, 4, 5. Nuestra actuación nunca es la base de nuestra justificación; más bien, la Escritura presenta constantemente esa base como el logro salvador de Cristo, presentado en términos tanto negativos, apartando la ira de Dios en propiciación, como positivos, asegurando la justicia por su muerte sustitutiva.

No somos justificados por ninguna fe, sino por la fe en Cristo, que hizo expiación por nosotros. El medio de la justificación es, por supuesto, la fe, no las obras. Pablo enseña repetidamente que el instrumento que nos conecta con la gracia y la justificación de Dios es la fe.

Esto ya aparece en su declaración de propósito, como lo muestran las palabras en cursiva. No me avergüenzo del evangelio porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree, al judío primeramente, también al griego, porque en él la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito, citando a Habacuc, el justo por la fe vivirá, Romanos 1:16 y 17. Después de tratar el juicio de Dios sobre el

pecado, de Romanos 1:18 a 3:20, Pablo regresa a su declaración de propósito y explica rápidamente de qué está hablando, cita Romanos 3:22, la justicia de Dios es por medio de la fe en Jesucristo para todos los que creen, Romanos 3:22.

Incluso cuando explica la propiciación, Pablo dice que se recibe por fe (3:25). Un versículo más adelante habla de la justificación de Dios (citado por el autor) para aquel que tiene fe en Jesús (versículo 26). Por si no lo habíamos notado, en los cinco versículos siguientes subraya el hecho de que las personas son justificadas por la fe, no por las obras.

Romanos, he estado diciendo cinco; es Romanos 3; perdón, ese era 3:25, 3:26, y ahora 3:27 al 31. ¿Qué, dónde, entonces, está la jactancia? Está excluida. ¿Por qué clase de ley está excluida? ¿Por una ley de obras? No, al contrario, sino por una ley de fe.

En efecto, concluimos que el hombre es justificado por la fe, independientemente de las obras de la ley. ¿O es Dios sólo Dios de los judíos? ¿No es también Dios de los gentiles? Sí, también de los gentiles, pues hay un solo Dios, que justificará por la fe a los de la circuncisión, y por medio de la fe a los de la incircuncisión. ¿Luego por la fe invalidamos la ley? En absoluto.

Por el contrario, nosotros defendemos la ley (Romanos 3:27-31). Pablo dedica el siguiente capítulo de Romanos a analizar la fe y enseña que la fe y la gracia son inseparables. No podemos tener una sin la otra.

Por eso la promesa, dice, citando Romanos 4:16, por eso la promesa de salvación es por fe, para que sea por gracia, para garantizarla a toda la descendencia, no sólo al que es de la ley, sino también al que es de la fe de Abraham. Él es padre de todos nosotros, Romanos 4:16. Pablo es aún más enfático más adelante en Romanos 11:6. Ahora bien, si es por gracia, entonces la salvación no es por obras.

De lo contrario, la gracia deja de ser gracia, Romanos 11:6. Como medios de salvación, la fe y las obras son antitéticas. El complemento natural de la gracia es la fe, y sólo la fe es el medio que Dios utiliza para declararnos justos. La imputación de la justificación, la justicia de Cristo.

Cuando Dios une a los creyentes con Cristo, estos obtienen todos sus beneficios espirituales. Por lo tanto, la justificación nunca es una sola, y los pecadores creyentes no son simplemente justificados. Al mismo tiempo, los creyentes son regenerados, declarados justos, adoptados en la familia de Dios, apartados como santos de Dios para una vida de crecimiento y santidad, y mucho más.

Así pues, aunque la justificación en sí no implica una transformación moral, nadie es justificado si no es también transformado por la gracia de Dios en la regeneración y

la santificación progresiva. Sin embargo, definir la justificación en términos de transformación, como lo hace la teología católica romana, es confundir las categorías soteriológicas y perjudicar al pueblo de Dios. Lo perjudica porque lo anima a esforzarse por agradar a Dios en su vida, algo bueno, como medio de ser aceptado por él, algo malo.

Los creyentes son aceptados por Dios de una vez por todas cuando creen en Cristo, y Él los declara justos por la justicia de Cristo. La justificación es un término forense o legal que retrata a Dios como el juez que declara justos a todos los creyentes en su hijo. Dios obra en la mejora moral de la vida de su pueblo como resultado de la regeneración y por medio de la santificación progresiva, pero no en la justificación.

Pero si nuestras buenas obras no son la base para que Dios nos declare justos, ¿qué lo es? La respuesta es la imputación de la justicia de Cristo a los creyentes, tema que ahora abordaremos. La imputación es el acto de acreditar algo a alguien o algo. La imputación es un término bancario, un término comercial.

Es la atribución de algo a alguien o a algo. La Escritura enseña tres imputaciones: la imputación del pecado original, la imputación de nuestro pecado a Cristo y la imputación de su justicia a los creyentes.

En primer lugar, Dios imputa el pecado original de Adán a la raza humana (Romanos 5:18 y 19). Ya lo hemos mencionado varias veces.

En segundo lugar, Dios imputa nuestro pecado a su hijo crucificado. Cito: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado” (2 Corintios 5:21a).

En tercer lugar, Dios imputa la justicia de Cristo a todo aquel que cree en él. Completando 2 Corintios 5:21, Dios hizo que al que no conoció pecado, por nosotros lo hiciera pecado, completando así esa declaración, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él. Romanos 5:21b.

Nos interesa la tercera imputación. La afirmación de esta imputación no se basa en un solo pasaje, sino en la combinación de tres pasajes, como lo ha demostrado Brian Vickers. Su libro se llama Jesús, sangre y justicia.

La teología de la imputación de Pablo, la justificación por gracia mediante la fe, en una serie llamada Exploraciones en la teología bíblica, que yo edité. Brian hizo un buen trabajo en este libro. Tres pasajes son la base de la imputación de la justicia de Cristo a los creyentes, y la doctrina es en realidad una combinación de esos tres pasajes en una sola enseñanza.

Número uno, Romanos 4:3. Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia. Romanos 5:19. Así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron

constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno los muchos serán constituidos justos.

Romanos 5:19. Y luego 2 Corintios 5:21. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

Romanos 4:3. Romanos 5:19. 2 Corintios 5:21. La mejor manera de enseñar la doctrina de la justicia de Cristo, imputada a nuestras cuentas bancarias espirituales, es combinando estos tres versículos.

El primer pasaje narra la aparición de Dios a Abram en una visión y su declaración: No temas, Abram. Yo soy tu escudo. Tu recompensa será muy grande.

Génesis 15:1. Cuando Dios le promete a Abraham que no tendría hijos una descendencia incontable, Abraham le toma la palabra a Dios y la Escritura dice: Abraham creyó al Señor y se lo contó por justicia. Génesis 15:6. Pablo cita este texto para demostrar que Abraham y todos los demás son justificados por la fe, no por las obras. Abraham creyó a Dios y se lo contó por justicia.

Ahora bien, al que trabaja, no se le cuenta el salario como favor, sino como deuda; pero al que no trabaja, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe se le cuenta por justicia. Romanos 4:3 al 5. Por medio de la fe, Dios imputa, acredita y cuenta justicia a Abraham y a todos los demás que confían en Cristo como Señor y Salvador.

El segundo pasaje, que ya hemos estudiado, revela que así como la desobediencia de Adán en el Jardín del Edén hizo que muchos fueran pecadores, así también la obediencia de Cristo hasta la muerte hará que muchos sean justos. Ambas expresiones son de Romanos 5:19. Thomas Schreiner escribió anteriormente en su comentario a Romanos que a quienes están en Cristo, Dios les imputa con gracia la justicia de Cristo.

En este preciso momento surge el contraste entre Adán y Cristo, y brilla con fuerza la maravilla de la gracia. Como hijos e hijas de Adán, entramos al mundo espiritualmente muertos y pecadores, pero Dios, en su gracia, ha revertido los funestos resultados del pecado de Adán al imputarnos la justicia de Cristo. Tal imputación es un acto de gracia.

Es totalmente inmerecido. Thomas Schreiner, *Romanos*, página 290. El tercer pasaje es justamente celebrado.

2 Corintios 5:21. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él. Lutero calificó este texto como un intercambio feliz.

Cita: Señor Jesús, tú eres mi justicia, así como yo soy tu pecado. Tú has tomado sobre ti lo que es mío y me has dado lo que es tuyo. Has tomado sobre ti lo que no eras y me has dado lo que yo no era.

Obras de Lutero, tomo 48, páginas 12 y 13. Dios identificó de tal manera al Cristo sin pecado con nuestro pecado que pudo decir que hizo pecado a aquel que no conoció pecado. En palabras de Pedro, 1 Pedro 3:18, Cristo también padeció por los pecados una vez para siempre.

El justo por los injustos, para llevaros a Dios. 1 Pedro 3, 18. En virtud de la unión con Cristo, llegamos a ser justicia de Dios.

Es decir, Dios nos imputa la justicia de Cristo y nos acepta. Murray Harris en su comentario sobre 2 Corintios, página 455, es claro. Cita: aunque el término legítimo, dar cuenta, calcular, no se utiliza en el versículo 21, en comparación con el versículo 29, no es inapropiado percibir en este versículo una doble imputación.

El pecado fue imputado a Cristo (versículo 21a), de modo que la justicia nos es imputada a nosotros (versículo 21b). Como resultado de que Dios imputara algo que era extrínseco a él, es decir, el pecado, a los creyentes se les imputa algo que era extrínseco a ellos, es decir, la justicia. En otra epístola, Pablo comparte el resultado de esta imputación.

Considera que conocer a Cristo es su valor supremo y está dispuesto a renunciar a todo lo demás. Su meta más alta es, cito textualmente, ganar a Cristo y ser hallado en él, no teniendo una justicia propia que se basa en la ley, sino una que se obtiene por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios basada en la fe. Filipenses 3, 8 y 9. La combinación de estos tres textos da buenos resultados.

Dios, el juez supremo, declara justos a todos los que confían en la muerte y resurrección de Jesús para la salvación. El Padre nos declara justos en Cristo y nos acepta en base a su justicia, no a la nuestra. Esto es lo que Lutero llamó justicia ajena.

Citándolo, ahora es cierto que Cristo o la justicia de Cristo, puesto que está fuera de nosotros y es ajena a nosotros, no puede ser alcanzada por nuestras obras. Lutero, Tercera disputa sobre la justificación, 1536, Obras de Lutero, tomo 34, página 153. La imputación de la justicia de Cristo a los pecadores creyentes explica muchas cosas.

Explica cómo Pablo dice que los creyentes, cita, son justificados gratuitamente por su gracia mediante el que es en Cristo Jesús, Romanos 3:24. Explica cómo Dios podía decir de un creyente, cita, al que no obra, sino que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia, Romanos 4:5. Explica por qué Lutero consideraba la justificación como el artículo sobre el que la iglesia se sostiene o cae y

por qué Calvino la llamó la bisagra principal o el eje principal sobre el que gira el cristianismo. Calvino, Institución de la religión cristiana, libro tres, capítulo 11, párrafo uno.

Como sucede con todas las demás enseñanzas bíblicas, la justificación gratuita redundante en gloria de Dios. A continuación, pasamos a lo que me gusta llamar la tímida hermana menor de la justificación: la adopción. La justificación recibe toda la atención de la prensa, pero la adopción no es tan importante como la justificación históricamente en la historia de la iglesia; es una doctrina cálida y atractiva.

He aquí una visión general de lo que se trata, que abordaremos en el resto de esta conferencia. Adopción: primero, como de costumbre, un prelude bíblico, luego la adopción, las formulaciones sistemáticas, nuestra necesidad de adopción, la fuente de la adopción, la base de la adopción, los medios por los cuales nos aferramos a ella, la adopción y la unión con la voluntad de Cristo completan nuestra formulación sistemática. Adopción, prelude bíblico, resumen.

Aunque el tema de la adopción no es prominente en el Antiguo Testamento, el Señor es el padre de Israel, e Israel es su hijo. Puesto que Israel era el hijo de Dios, su primogénito, Dios prometió cumplir sus promesas de salvación para ellos, incluso cuando pecaron de manera dramática. El rey davídico también era el hijo de Dios, representando a la nación ante Dios.

Cuando llegamos al Nuevo Testamento, aprendemos que Jesús es el verdadero hijo de Dios y que todos los que son hijos de Dios, todos los que son adoptados, lo son en virtud de la obra expiatoria de Jesucristo. La maravilla y la gloria de ser hijo de Dios se celebra en el Nuevo Testamento, y nuestra filiación revela el asombroso amor y cuidado de Dios por nosotros. Al mismo tiempo, los creyentes deben vivir de una manera que corresponda a su adopción, de modo que reflejen al mundo el carácter de su padre.

La adopción de los creyentes es una realidad ya existente, pero todavía no. Los creyentes son adoptados ahora, pero la plenitud de su adopción se consumará en el último día, cuando a los creyentes se les conceda un nuevo cuerpo en la resurrección. Adopción, adopción, formulaciones sistemáticas, formulaciones sistemáticas.

Nos basamos en el sólido fundamento bíblico, que acabo de resumir, para explorar una teología sistemática de la adopción. Esta enseñanza vital aunque descuidada es quizás la más cálida del Nuevo Testamento, como nos recuerda Jim Packer en su famoso libro, *Knowing God (Conocer a Dios)*, edición del 20.º aniversario, página 201. Si quieres juzgar, dice Packer, hasta qué punto una persona entiende el cristianismo, descubre cuánto le da importancia a la idea de ser hijo de Dios y tener a Dios como su padre.

Si este no es el pensamiento que impulsa y controla su adoración y sus oraciones y toda su perspectiva de la vida, significa que no entiende muy bien el cristianismo. Todo lo que Cristo enseñó, todo lo que hace que el Nuevo Testamento sea nuevo y mejor que el antiguo, y todo lo que es distintivamente cristiano en oposición a lo meramente judío se resume en el conocimiento de la paternidad de Dios. Padre es el nombre cristiano de Dios.

La necesidad de la adopción: He señalado en repetidas ocasiones que, para comprender los aspectos de la aplicación de la salvación, debemos comprender la necesidad de cada uno de ellos. La necesidad de la adopción no es simplemente que seamos huérfanos, como sostienen muchas enseñanzas populares. No es incorrecto decirlo, pero Dios ha cavado un hoyo mucho más profundo para nosotros que el de ser simplemente huérfanos.

La necesidad de la adopción es servidumbre, esclavitud al pecado. Como sucede con todos los aspectos de la aplicación de la salvación, la adopción se entiende mejor en relación con la necesidad que tiene el ser humano de ella. Necesitamos la adopción porque, debido a la caída y a nuestros propios pecados, estamos esclavizados al pecado.

Pablo dice que antes de la adopción estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo, Gálatas 4:3 y que después de la adopción, se dice de cada creyente, cito: “Así que ya no eres esclavo, sino hijo, y si hijo, entonces Dios te ha hecho heredero”, Romanos, Gálatas 4:7. La adopción es, pues, la aplicación misericordiosa de Dios de la salvación realizada por Cristo, en la que Dios libera a los esclavos del pecado y los acoge en su propia familia como hijos o hijas. Juan habla con más fuerza que Pablo. Así es como se hacen evidentes los hijos de Dios y los hijos del diablo.

Para Juan hay dos tipos de seres humanos: hijos de Dios e hijos del diablo. El que no practica la justicia no es de Dios, especialmente el que no ama a su hermano (1 Juan 3.10). Juan divide a la humanidad en dos grupos igualmente observables: los hijos de Dios y los hijos del diablo. Yarbrough capta la idea de Juan, cita: “Basándose en la ascendencia divina de su lector, Juan confía en que los verdaderos hijos de Dios, como los del diablo, en última instancia no pueden ocultar su identidad”.

Robert Yarbrough, 1-3 Juan, Baker Exegetical Commentary, página 196. En concreto, Juan señala que hacer lo correcto y amarse unos a otros son las pruebas de fuego del verdadero linaje espiritual. Los hijos de Dios reflejan a su Padre, a quien Juan describe como Dios es luz (1 Juan 1:5) y Dios es amor (1 Juan 4:8 y 16).

Las Escrituras también describen que las personas se convierten en hijos de Dios de otra manera: la regeneración. Aquí, lo que se necesita es la muerte espiritual que separa a las personas de Dios. Su antídoto es darles vida espiritualmente, haciendo

que nazcan de nuevo (Juan 3, versículos 3 y 7). Por lo tanto, hay una superposición en la enseñanza de la Biblia.

Dos imágenes son familiares: la imagen de la adopción en el tribunal y la imagen de la regeneración, que pasa de la muerte a la vida. El producto de ambas son los hijos de Dios, los hijos nacidos de nuevo de la regeneración de Dios y los hijos adoptados de la adopción de Dios. La fuente de la adopción es el amor de Dios.

Veremos que el medio de adopción es la fe en Cristo, pero ¿es la fe su fuente última? La respuesta es no. La fuente última para que las personas lleguen a ser hijos de Dios es su voluntad y su amor. Pablo lo establece en Efesios 1, versículos 4-5 y 11.

En amor, Dios nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la cual nos hizo partícipes del amor de Dios en el Hijo de Dios. Eso sólo se ve en los versículos 4 y 5 de Efesios 1, no en el versículo 11.

Aquí está el versículo 11. En él recibimos una herencia porque fuimos predestinados según el plan del que hizo todas las cosas según el designio de su voluntad. Efesios 1:11.

En el primer texto, Efesios 1:4 y 5, el amor de Dios por las personas está detrás de su filiación. Todo esto concuerda con el propósito de su voluntad y redundante, entre comillas, en el propósito de su gloriosa gracia. En el segundo texto, la herencia del creyente, un resultado de nuestra adopción, se desprende de su plan para salvar.

Juan, de la misma manera, atribuye nuestra filiación al asombroso amor que Dios el Padre nos tiene. 1 Juan 3:1. Vean qué gran amor nos ha dado el Padre para que seamos llamados hijos de Dios. Y lo somos.

1 Juan 3:1. La adopción resalta el amor del Padre por sus hijos. Como afirma Yarbrough, cita, la grandeza del amor radica en sus efectos. Hace que las personas sean tekna vosotros, hijos de Dios.

La grandeza del amor también reside en su propósito. El Padre otorga tal amor para que, en esta cláusula, Juan y sus lectores puedan disfrutar de su favor familiar. Yarbrough, 1 a 3 Juan, página 196.

La adopción tiene como base la persona y la obra de Cristo. Su fuente es la gracia de Dios. Significa fe.

Su base es la persona y la obra de Cristo. ¿Sobre qué base adoptó Dios a los esclavos del pecado como hijos amados? ¿Los declaró simplemente suyos? No. Porque tenía

que redimirlos de su estado de esclavitud, y para eso era necesaria la muerte de su hijo.

Así pues, la base de nuestra adopción es la persona y la obra de Cristo. En primer lugar, su persona. A diferencia de los creyentes que se convierten en hijos o hijas de Dios por gracia mediante la fe, Cristo siempre ha sido el hijo eterno de Dios por naturaleza.

Cuando las Escrituras atribuyen al Hijo el poder de actuar en la creación, implican su filiación eterna. Pablo lo hace así: el Padre, cito, nos ha rescatado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al reino del Hijo que ama.

Porque todo por él fue creado, tanto en los cielos como en la tierra, visibles e invisibles; tronos, dominios, principados o potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Colosenses 1:13, 16.

Hebreos hace lo mismo. Cita: En estos últimos días, Dios nos ha hablado por medio de su Hijo. Dios lo ha designado heredero de todas las cosas y ha creado el universo por medio de él.

Hebreos 1:2. Además, Pablo enseña que, cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su hijo nacido de una mujer nacida bajo la ley. Gálatas 4:4. La segunda persona de la Trinidad no se convirtió en el hijo de Dios en el momento de su encarnación, sino que el que existía eternamente como hijo fue enviado por el Padre al mundo en su encarnación. En segundo lugar, la obra de Cristo.

El hijo eterno de Dios murió para liberar a los esclavos del pecado. El motivo de la expiación que corresponde a la adopción es la redención. Esta implica tres cosas: un estado de esclavitud, el pago de un precio de rescate y el consiguiente estado de libertad de los hijos de Dios.

Cita: Cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de una virgen bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos. Gálatas 4 :4 y 5. Anteriormente, en la misma epístola, Pablo define más explícitamente la redención del hijo. Cita: Cristo nos redimió de la maldición de la ley al hacerse maldición por nosotros (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero).

Gálatas 3:13. Nosotros, los que transgredíamos la ley, estábamos bajo una maldición, es decir, la pena que la ley amenazaba con imponer a los desobedientes. En gracia, Cristo pagó nuestra pena al morir como un hombre maldito en nuestro lugar.

Como resultado, disfrutamos de la libertad cristiana de los hijos de Dios. Stott no exagera la importancia de este texto. Cita: Esta es probablemente la declaración más clara del Nuevo Testamento sobre la sustitución, escribió John Stott.

La maldición de la ley quebrantada recaía sobre nosotros. Cristo nos redimió de ella al convertirse en maldición en nuestro lugar. La maldición que pesaba sobre nosotros fue transferida a él.

Él supuso que podríamos escapar de ella. En nuestra próxima conferencia, continuaremos con la adopción, esta vez examinando sus medios, que es la fe en Cristo como Redentor.

Este es el Dr. Robert Peterson en su enseñanza sobre la Salvación. Esta es la sesión 14, Justificación, Número 3, Formulaciones sistemáticas y adopción, Parte 1.